

V Domingo de Pascua, Ciclo B

Árbol de vida

Los árboles tienen un lenguaje cercano a nuestra identidad. Su imagen es evocadora de nuestra propia realidad. La psicología toma atención del árbol como pantalla en la que cada uno puede proyectar su personalidad. Su presencia juega un papel central en la historia de la humanidad: En torno a un árbol se decide su destino y de un árbol es rescatado el ser humano de todos los tiempos: El árbol de la Cruz.

Jesús se compara a un árbol: "Yo soy la vid, ustedes las ramas". Y ese árbol simple y tentador, tiene sus raíces: Mi Padre lo alimenta. Tiene tronco: "Yo soy el tronco", dice Jesús. "Ustedes las ramas". Y se le exige frutos y, en abundancia. Tanto que, si no da frutos, hay que cortarlo y echarlo al fuego. Su vitalidad depende de su unidad, centralidad y su entorno. Por eso el suelo que lo alimenta es importante.

Y ¿Cómo saber la calidad de sus frutos? Depende de la comunión con la madre naturaleza, de la luz que lo circunde, de la unión de ramas y tronco, de la autenticidad de las semillas, del riego y los nutrientes, de la vitalidad de la savia que llega a todo el árbol. Entonces, la relación de raíces, tronco, ramas, flores y fruto, dependerá del cuidado amoroso, intenso y permanente de la planta.

¡Cómo se parece nuestra vida cristiana a este árbol plantado por Dios en el jardín de nuestros corazones! Y ese árbol es nuestra propia vida cristiana. Hay que irlo formando, enderezando, talando para que dé el fruto esperado. Un obispo les decía a sus seminaristas: "Para formarlos como sacerdotes bastarían tres meses, para formar en ustedes al hombre y al creyente no basta con el tiempo". Ser discípulo de Jesús es asunto de toda la vida.

Cochabamba 02.05.21

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com